

zó el Condestable por aniquilar a todos los nobles que habían solicitado su destierro; las riquezas de todos fueron confiscadas; sus viviendas entregadas al fuego, y no pocos perecieron misteriosamente, víctimas de los puñales pagados por don Álvaro.

Desterró a muchos, y entre ellos a los infantes D. Enrique y D. Juan, primos del rey, y los más crueles enemigos del mismo D. Álvaro; pero aquella muestra de sin igual osadía; aquella arbitrariedad cometida en los príncipes de la sangre, encendió una guerra sangrienta entre Aragón, Navarra y Castilla, y se exigió a D. Juan II que desterrase al favorito o se aprestase a la lucha.

VI

La muerte de la reina Doña María fué como la señal de la caída del favorito, que había llegado a poseer hasta el Maestrazgo de Santiago, dignidad inherente al hijo primogénito de los monarcas.

Ya hemos visto al principio de esta historia que D. Álvaro concertó el segundo casamiento del rey sin darle parte: asimismo sabemos cuánta violencia costó a D. Juan II el enlace con Doña Isabel de Portugal, y cómo la misma princesa, a quien D. Álvaro quiso colocar en el trono de Castilla, le arrojó a él de la cumbre de la grandeza.

Queda ya dicho también, de qué manera se le prendió; pero no podemos abandonarle en sus últimos momentos, en los cuales fué cuando se mostró cristiano, y verdaderamente grande.

Preso en Burgos, fué conducido a Portillo, bajo la custodia de D. Diego de Zúñiga, y sentenciado brevemente a muerte, se le trasladó a Valladolid, donde debía ser ejecutada la sentencia.

Cerca ya de la ciudad, le salió al encuentro un

fraile franciscano, llamado fray Alonso de Espina, quien con mucho miramiento le fué diciendo que se hallaba condenado a muerte.

D. Álvaro le oyó sin asombro porque sabía que tenía muchos enemigos, y que éstos no dejarían pasar la ocasión de perderle.

Llegados a Valladolid, se le hospedó en casa de Alonso Vivero, a quien, siendo ministro y contador del rey, el mismo D. Álvaro dió la muerte, arrojando el cuerpo por una ventana.

Puede suponerse de cuántos dicerios e injurias llenaría la familia del muerto al matador, alojado por un refinamiento de crueldad, en aquella casa; tantos fueron los insultos que tuvo que soportar el infeliz D. Álvaro, que fray Alonso de Espina, y otro religioso que acompañaba al reo, solicitaron y alcanzaron que se le trasladase a otra parte, lo que se verificó al día siguiente.

Llegó el de la ejecución; el Condestable había escrito al rey una carta llena de humildad, confesando sus faltas, y mostrando un profundo arrepentimiento por sus desmanes; oyó misa al amanecer con marcada devoción, y comulgó en ella; después quedó de rodillas y rezando por largo rato.

—¿Queréis comer algo, hijo mío?—le preguntó fray Alonso—. Debéis estar muy débil.

—No hay en mí ánimo bastante para pasar alimento alguno—repuso el reo—; pero sí quisiera tomar algunas guindas, a fin de apagar la sed.

Le presentaron un plato de aquella fruta, y sólo comió cuatro o seis guindas, haciendo un gran esfuerzo.

Después de algunos instantes de sombrío silencio, murmuró:

—¡Nadie piensa en mí! ¡Nadie viene a verme! ¡Ni aun mis hijos!...

—Jesucristo murió abandonado también del mundo—observó un religioso—. ¡Paciencia, hijo mío! En el cielo hallaréis una cumplida recompensa.

—¡Pero yo he hecho tanto bien en la tierra!—ternó a murmurar D. Álvaro—. ¡Oh, ingratitud humana! ¡Jamás te hubiera creído tan grande!

—Mucho lo es, en efecto, mi querido hijo, pero Dios ha dicho:—*¡Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos!*

D. Álvaro no volvió a quejarse, y se puso a rezar de nuevo: su fisonomía, siempre grave y hermosa, respiraba entonces una indecible majestad; a la hora prefijada, entraron a buscarle; montó en una mula, y atravesó, en medio de la fúnebre comitiva, las calles de la ciudad, precedido de un pregonero, que gritaba:

—Esta es la justicia que manda hacer el rey, nuestro señor, con este cruel tirano.

En medio de la plaza de la ciudad, se había levantado el cadalso: al frente del tajo había una cruz, con dos cirios encendidos, colocada sobre una alfombra; al subir las escaleras del patíbulo,

D. Álvaro entregó a su paje, que había querido acompañarle, el anillo de sellar y el sombrero.

—Guarda eso, hijo mío—le dijo—; es lo único que me queda y puedo darte.

A un lado del cadalso, vió a uno de los criados del príncipe D. Enrique, al que llamó, y dijo en alta voz:

—Decid a vuestro amo que no imite el ejemplo de su padre, en recompensar a los que le sirven.

Atrajo después su atención un alto madero, en el que había clavado un garfio de hierro, y preguntó que para qué le habían puesto allí.

—Es—le dijo el verdugo—para suspender en él vuestra cabeza, después que hayáis muerto.

—Después de muerto yo—repuso el Condestable—, haz del cuerpo según tu voluntad.

Arrodillóse de nuevo; se reconcilió con fray Alonso, e inclinando la cabeza sobre el tajo, con valor y ejemplar humildad cristiana, descargó el verdugo el golpe terrible que le privó de la vida.

Los religiosos quedaron en el cadalso pidiendo limosna para el entierro del que había sido el rico y poderoso D. Álvaro de Luna; la huesa del favorito, tenía que pagarla la caridad pública.

D. Álvaro dejó cuatro hijos: dos de su matrimonio, llamados D. Juan y Doña María: ésta casó, durante la privanza de su padre, con el Duque del Infantado; los otros dos hijos los tuvo fuera de matrimonio, pero los legitimó, y dió al mayor, don Pedro, el señorío de Fuentidueña, casando a la

menor, Doña Catalina, con su pariente, el gobernador de Soria.

Pero ninguno de los cuatro pidió gracia por su padre, ni aun fué a visitarle en la prisión; rasgo de monstruosa ingratitud, que fué el más cruel castigo de D. Álvaro.

Lo mismo que sus hijos, hicieron todas aquellas personas a las que había favorecido y levantado; ni una sola voz se alzó en favor de su desdicha; y este abandono llevó a su alma tal disgusto de la vida, que, según dijo a su confesor, casi fué a buscar la muerte con la alegría con que se va a encontrar a una bienhechora amiga.

Algunos ilustres personajes han pasado por esta parte de nuestra leyenda, ligeros como sombras, y sin embargo, su grandeza es y será digna de la admiración de los siglos; pero en otras leyendas sucesivas les daremos el sitio elevadísimo que les pertenece de derecho, y que no podíamos darles, sin inmensa proligidad, en el bosquejo histórico del infeliz D. Álvaro de Luna.

¿Cómo tratar soberanamente al heróico D. Fernando de Antequera, infante y regente de Castilla, y a Doña Catalina de Alencastre, reina, y asimismo regente del reino de la minoridad de su hijo? Estas nobles figuras necesitan en esta *Galería* un sitio especial, y ahora nos contentaremos con dar a nuestros lectores dos noticias bastante curiosas.

Doña Catalina de Alencastre, inglesa de nación,

y su esposo el rey de Castilla, Enrique III, fueron los primeros que tuvieron el título de príncipes de Asturias, propiedad hoy en España del heredero de la Corona.

El origen de este título fué que habiendo dado el de príncipe de Gales el rey de Inglaterra a su hijo primogénito Eduardo, que casó con Doña Leonor de Castilla, hija de nuestro rey San Fernando, el rey D. Juan I quiso que su hijo y heredero tuviese igual categoría, e instituyó para él el título de príncipe de Asturias, al casarse con la inglesa Doña Catalina, por ser Asturias el primer Principado que tuvieron nuestros reyes, después del señorío de los Godos: para esta investidura se sentó el infante D. Enrique en un trono de oro, se le puso un manto de púrpura y una vara del mismo metal en la mano, y su padre le dió un ósculo de paz en la mejilla.

La princesa Catalina de Alencastre fué la que trajo a España el ganado de ovejas merinas, la que instituyó las tocas largas, los mantos de cola y la alta corona de oro que luego han usado las reinas de Castilla.

Catalina de Alencastre era muy alta y muy corpulenta, de bella fisonomía, afables y casi humildes maneras, y de tan agradable y dulce trato, que cautivaba todos los corazones, encanto que heredó de ella su ilustre nieta, de quien vamos ya a ocuparnos.

VII

Era la infanta de Castilla, Doña Isabel, una niña de condición apacible: nada más podía decirse de ella a la edad de tres años, que fué cuando su padre, uno después de hacer justicia en su favorito, D. Álvaro, murió en Valladolid, devorado de tristeza, y sin poder consolarse nunca de la pérdida de aquel hombre, a quien tanto había amado y cuyo recuerdo le perseguía sin cesar.

El infante D. Alfonso contaba un año solamente a la muerte de su padre; esta muerte súbita aconteció al rey cuando, procurando distraerse de la mortal melancolía que le aquejaba, empezó a preparar algunas empresas, secundado por los consejos de D. Lope Barrientos, Obispo de Cuenca y de fray Gonzalo de Illescas, prior de Guadalupe.

Desde la muerte de D. Álvaro de Luna, el rey de Castilla no había tenido un instante de reposo.

La memoria de los buenos oficios de D. Álvaro y el sentimiento de la pérdida de aquel hombre,

que, si bien le había dominado, había sido siempre su más fiel amigo, extendieron en el alma de D. Juan II una sombra opaca que todo lo vestía de negro; el sueño y el apetito huyeron de él, y más de una vez la reina sintió amargamente haberle aconsejado el castigo del fatal favorito, que tan por completo se había apoderado de la voluntad del monarca.

Este jamás volvió a nombrar a su privado; pero cada día rezaba durante largo rato en su oratorio; viósele desfallecer, siempre silencioso y concentrado; la reina observaba que no dormía, que jamás la sonrisa visitaba sus labios; en fin, una fiebre, lenta al principio, se encendió en su sangre, y fué poco a poco creciendo con violencia, hasta que llegó a postrarle casi enteramente, falto de fuerzas físicas y morales.

A los tres días de guardar el lecho, murió, después de haber confesado y comulgado y recibió la Extremaunción con todo el fervor de un buen cristiano.

La razón de la reina, ya debilitada por grandes penas, sufrió un rudo golpe con la muerte de su esposo: aún sentada a la cabecera de su lecho, empezó a desvariar y fué necesario acostarla, acometiéndola una fiebre cerebral que puso su vida en inminente peligro.

Durante su enfermedad, tuvo lugar la proclamación del infante D. Enrique, hijo del primer matrimonio del rey, con Doña María de Aragón,

y que subió al trono con el nombre de Enrique IV, de triste memoria.

No bien la reina pudo levantarse, se vió obligada a recibir al nuevo rey que quería visitarla, rindiendo así un público homenaje de estimación y respeto a la viuda de su padre; pero la reina dijo que no podía verle.

—Señora, observó respetuosamente el Obispo de Cuenca, ¿por qué esa animosidad contra el rey? El no os a ofendido jamás en cosa alguna y puede ser vuestro protector.

—¡Callad! exclamó Doña Isabel; vos no sabéis lo que decís, D. Lope; vos no sabéis que el rey, mi esposo, me había prometido dejar por heredero de sus reinos a mi hijo D. Alfonso. ¡Ah! ¡La corona de que Enrique viene a hacer alarde delante de mí, pertenece a mi hijo!

—¿Hubiérais podido admitir tamaña injusticia? interrogó D. Lope; la corona es del que la posee, porque se la conceden todos los derechos.

—Don Enrique a sido rebelde a su padre, y éste me había prometido desheredarle.

—No haciéndolo, ha cumplido con su deber. Don Enrique es por la muerte de D. Juan el señor de estos reinos: si los gobierna mal, que Dios le juzgue; no dudéis que tendrá su castigo.

Guardó la reina silencio ante el severo razonamiento del Obispo: pasados algunos instantes, dijo:

—Recibiré al rey para noticiarle que me retiro de la corte con mis hijos.

—¿Y a dónde queréis ir, señora?—exclamó atónito D. Lope.

—A mi villa de Arévalo.

—Pero, señora, ¿a la edad de veintisiete años, os vais a enterrar en vida?

—No sé a qué llamaréis enterrar en vida, buen D. Lope, repuso la reina con melancólica sonrisa; aquí moriría rodeada de las angustiosas memorias que lo pasado despertaría en mí; allí viviré para mis hijos, para mi Isabel, a la que tanto amaba su padre; para mi Alfonso, que debía haber ceñido la corona que la muerte ha separado de la frente de mi querido esposo.

—Señora—repuso D. Lope—yo me atrevo a suplicar a V. A. que no se atormente con la memoria de un desengaño que no existe; y conociendo que en la soledad el recuerdo de la pretendida sinrazón del rey difunto os ha de atormentar más, suplico a V. A. que no salga de la corte; quizá algún nuevo amor...

—¡Jamás—repuso con firmeza la reina!—Yo no puedo amar ya a ningún otro hombre, porque he amado cuanto podía al que fué mi bueno y querido esposo.

Doña Isabel salió, en efecto, al día siguiente para Arévalo, villa que le había sido regalada por el rey poco antes de su muerte.

Razón tenía aquella princesa para sentir tan vivamente la pérdida del compañero de su vida, y esta razón es la misma que tienen todas las mu-

eres que logran un esposo como D. Juan lo fué para Doña Isabel.

A pesar de haberse casado con ella, no sólo sin amor, sino como a la fuerza, una simpatía profunda, una inclinación dulce y razonada, una estimación basada en la nobleza del carácter de Doña Isabel, inclinaron al rey D. Juan hacia su esposo, con más verdad y con más seguridad que pudiera haberlo hecho la más arraigada pasión. Isabel fué el mejor, o más bien, el único amigo de su esposa, y halló en su enlace todos los goces y satisfacciones de un alma casta y honrada.

Aquella misma noche, el rey visitó en su cámara a la esposa de su padre, acarició a sus hermanos, e hizo a la reina viuda ofertas, hijas más que de su afecto, de la conveniencia y de la etiqueta. Doña Isabel le recibió respetuosa y fríamente; le dió gracias por todo, y le participó su resolución de marchar en el más breve plazo posible a su villa de Arévalo.

—Yo cuidaré, señora—dijo el rey—, de que tengáis rentas y bienes bastantes para vuestro decoro y para satisfacer vuestra ardiente caridad.

—Gracias, señor—respondió Isabel—; V. A. conoce mis gustos modestos, y sabe que con poco me basta; eso poco lo poseo ya.

—Y yo no olvidaré nunca que habéis sido la amada esposa de mi padre; por lo mismo, os lo repito; vos y vuestros hijos viviréis y seréis tratados con todas las consideraciones debidas a vuestro alto rango.

VIII

Ocho días después, la reina viuda salió de Valladolid con sus hijos, sus damas y las personas de su servidumbre, que habían de ocupar los destinos de su casa, y se trasladó a Arévalo, donde se estableció tranquila y modestamente, siendo visitada a los pocos días por el rey, quien aburrido de su matrimonio con la infanta Doña Blanca de Navarra, buscaba el solaz por todas partes y se figuraba hallarlo los días que pasaba en Arévalo, en compañía de la reina viuda y de sus hijos.

La reina hacía una vida retirada y apacible; naturalmente laboriosa y modesta, bordaba con sus damas ricos tapices, leía y hasta hilaba, empleando el resto del tiempo en la oración y cuidado de sus hijos.

En el seno de aquella paz tranquila y cristiana, pasaron los primeros años de la princesa, que después debía ser tan célebre bajo el nombre de Isabel I.

Cinco años cumplía apenas, cuando el rey su hermano, repudiando a su primera esposa, Blanca

de Navarra, casó en segundas nupcias con la infanta de Portugal D. Juana, princesa bellísima, y que no fué con Enrique IV menos infeliz que su antecesora.

El rey convidó a las fiestas de su boda a la reina viuda; pero Doña Isabel se excusó de asistir, no queriendo romper sus costumbres de retiro y sosiego; no obstante, algunos meses después, la nueva reina le pidió por favor que le enviase a la infanta Isabel, a la que deseaba mucho conocer, y su madre no quiso esta vez negarse a los deseos de la joven reina, enviándole por algunos días a su hija.

Ya en tan tierna edad, la infanta se hizo dueña de todos los corazones de la corte de Castilla; su condición dulce y su inteligencia, superior a la que debía esperarse de sus pocos años, se hallaban escritos en su carita blanca y rosada como la flor, a la que presta sus tintas la aurora.

Con su lenguaje balbuciente, contestaba a todo lo que se le decía con admirable mesura y exacto juicio, lo que, unido al tono angelical de su voz, formaba el contraste más encantador; sus ojos claros y serenos, participaban del gris aplomado de la pizarra y del más hermoso verde que ostenta el mar, cuando le hieren los reflejos del sol de la tarde; eran grandes y rasgados, pero un poco rombos, como, según se dice, los tenía Cleopatra, la famosa reina de Egipto, cuya circunstancia daba a su mirada una intensidad extraordinaria,

y, para los malos, una severidad irresistible; aquella luz, de un azul condensado, que brotaba de entre largas pestañas de seda más oscuras que el cabello, hizo palidecer más de una vez a los grandes criminales, y era, a la par un manantial de serena e inefable dulzura para los seres a quienes amaba.

La reina Doña Juana se apasionó de la niña Isabel hasta el extremo, y, con su gran talento, conoció que aquella criatura sabresalía de la multitud, y que estaba llamada a llenar en la tierra altos destinos; la trataba, a la vez que con el más tierno cariño, con el más profundo respeto, y esta consideración involuntaria le tenían también a Isabel todas las personas de la corte de su hermano, y aun éste mismo, que no consideraba a nadie.

Mucho trabajo costó conseguir que Doña Juana se separase de la infanta, y consintiese en devolverla a su madre; pero al fin se vió en la precisión de hacerlo, pues la reina viuda se ponía mortalmente triste lejos de su adorada hija.

A fin de cambiar de objetos y de tener jardines donde recrear la vista, se trasladó Doña Isabel a Sevilla durante algunos meses, y en su alcázar habitó con sus hijos y rodeada de su reducida corte.

Así que la edad de la infanta lo permitió, se le dieron todos los maestros que en aquel tiempo se podían proporcionar para una educación brillante;

pero a lo que su buena madre se dedicó, sobre todo, fué a inculcarle los sentimientos religiosos, dignos y nobles de que después dió tan repetidas y brillantes muestras durante toda su vida; la reina viuda creía, y creía bien, que la religión es base de todas las virtudes, y consiguió inspirar a su hija una humildad cristiana tan profunda y verdadera, que jamás dejó penetrar la soberbia en su corazón magnánimo, a pesar de sonreírle constantemente la fortuna.

Muchos cuadros hay que representan *la infancia de Isabel la Católica*, y en todos se la ve sentada al lado de su madre, leyendo atentamente un libro, o bien hilando en su torno, modestamente vestida, y rebosando toda su figura de una gracia virginal y de un púdico decoro que realzan su belleza.

De vez en cuando iba a Valladolid con el objeto de pasar algunos días en el palacio del rey su hermano, volviendo luego al lado de su madre y del infante D. Alfonso, dos años menor que ella.

En cada uno de aquellos viajes, conquistaba Isabel nuevos corazones y nuevos afectos; los castellanos la miraban como un ángel, y la más alta nobleza se acostumbró a desear para ella el trono que ocupaba su hermano Enrique.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

La infanta cumplió doce años, creciendo en belleza y excelentes dotes.

Pocos días después de cumplidos, la villa de Arévalo vió con admiración que aquélla se trasladaba a la corte con su hermano el infante D. Alfonso.

—Pero, señora—preguntó D. Lope Barrientos a la reina madre, que lloraba, siguiendo con la vista desde el balcón la carroza que se llevaba a sus hijos—, ¿qué partida es esta? ¿Adónde van los infantes?

—A la corte—respondió Doña Isabel—; su hermano les llama para tenerlos a su lado; para educar a Alfonso; para procurar un buen casamiento a Isabel: ¿cómo podía yo oponerme a estos fines tan ventajosos a mis hijos? ¿Qué puedo yo darles sino mi amor? Y esto ¡ay! no basta a los hijos del rey D. Juan, que están llamados a ocupar altos destinos en la tierra.

—El viaje de los infantes se ha arreglado con el mayor secreto—observó D. Lope, pensativo—; nin-

guno sabíamos nada... ¿Quién ha podido, señora, a vos, tan prudente, induciros a tomar tan importante decisión, que os debe ser, además, muy dolorosa?

—Ha sido negocio—repuso la reina—tratado por cartas entre D. Enrique y yo.

—¿Y qué os ofrece el rey para vuestros hijos?

—Lo que os he dicho: una educación brillante para Alfonso; un casamiento ventajoso para la infanta.

D. Lope quedó aún más pensativo; durante algunos instantes guardó un triste silencio; luego dijo:

—D. Enrique ha comprendido que todas las simpatías del reino están a favor de Doña Isabel, y quiere tenerla a la vista; el reino le detesta a él, y los príncipes serían bandera de descontentos. Señora, si hubiérais consultado a un consejo de los servidores que os somos adictos, vuestros hijos no se hubieran apartado de vuestro lado; ahora...

—¡Acabad!—interrumpió Doña Isabel.

—¡Ahora, sabe Dios cuándo volverán!

—¡Cielos!—exclamó la reina—. ¡Pensáis!...

—Pienso, señora, lo peor; ya sabéis que el rey tiene una hija, que ha hecho jurar heredera del trono, pero a la cual, sin embargo, se la llama la *Beltraneja*; el reino no quiere a esa princesa, y pedirá a uno de vuestros hijos.

Una llamarada de alegría brilló en los ojos de la viuda de D. Juan II; era madre, y lo que más ansiaba era el engrandecimiento de sus hijos.

Don Lope leyó en su pensamiento, y dijo con alguna severidad:

—El rey legítimo, señora, no abandonará el trono sin disputarlo; y aunque se levanten banderas por D. Alfonso, correrán bajo ellas raudales de sangre; vuestros hijos andarán errantes por Castilla; perseguidos, y acaso sin abrigo alguno; muchos males asomarán la cabeza tras la puerta del palacio de Arévalo, que se ha abierto para dar salida a los infantes.

Doña Isabel no respondió nada, temía disgustar al severo D. Lope, dejándole conocer la alegría que le causaba la posibilidad de que su hijo ocupase al fin el trono que había pertenecido a su esposo.

El sagaz prelado había comprendido muy pronto cuáles eran las miras de los reyes de Castilla.

La reina Doña Juana, esposa de Enrique IV, tenía a la corte disgustada y casi escandalizada a causa de sus públicos amores con D. Beltrán de la Cueva; aquella princesa, joven, bellísima y sentimental, no halló en su esposo el afecto y atenciones que tenía derecho a esperar. Enrique IV, cruel hasta el exceso con su primera esposa Doña Blanca de Navarra, se decidió al fin por el divorcio para huir de ella, y pidió su separación, alegando la esterilidad de Doña Blanca; pero en realidad, lo hizo porque había oído alabar la belleza de la princesa de Portugal, que era verdaderamente encantadora.

Poco tardó, sin embargo, en cansarse de ella, y, dos años después de su enlace, se le vió enamorado hasta la ceguedad de una dama de honor de su esposa, llamada Doña Guiomar, y la más intrigante y altiva mujer de la corte.

Doña Juana, justamente ofendida, rodeada de seducciones y de halagos, cedió a los de D. Beltrán de la Cueva, que era el caballero más apuesto del reino.

Después de mucho tiempo de escándalo y de chismes cortesanos, dió a luz Doña Juana a una niña, que fué bautizada con su mismo nombre. Haría seis años que se hallaba casada con el rey de Castilla.

La nobleza indignada con el espectáculo de la desordenada vida que así el rey como la reina llevaban cada uno por su lado, empezó a murmurar cada vez más seriamente: el rey, gozoso con tener sucesión, cuando ya había perdido la esperanza de conseguirla, convocó Cortes, e hizo jurar a la princesa por heredera del trono de Castilla; pero esta medida irritó más los ánimos, y el nombre del infante D. Alfonso empezó a dejarse oír, sorda, pero repetidamente, entre las masas.

Entonces fué cuando el rey arregló con la reina viuda el viaje de sus hermanos, con el fin de tenerlos bajo su vista, y de que, según dice el Padre Florez, *no diesen asilo a descontentos.*

Isabel tenía doce años.

Alfonso sólo diez.

La infanta Doña Juana, apellidada *la Beltraneja*, hija del rey, acababa de cumplir uno.

Dejando ya apuntadas las respectivas situaciones de todos estos personajes, tan importantes en esta historia, seguiremos a su principal heroína, la infanta Doña Isabel, desde su llegada al palacio de su hermano.

Las gracias que la hija de D. Juan II prometía en su niñez, habían llegado, con la adolescencia, a ser más completas y encantadoras de lo que hubiera podido esperarse.

Era Isabel, a los doce años, de estatura mediana y rostro hermoso; sus ojos habían conservado la peculiar expresión que antes los hacía incomparables; su intenso color y la mirada, ora terriblemente severa, ora dulcemente apacible, que le hacía ganar o aterrar el corazón de aquel a quien se dirigía.

Su téz era blanca y delicadamente sonrosada; su cabello de ese rubio subido que participa del rojo; en sus movimientos y maneras, había impresa una majestad graciosa e inimitable; su voz era suave y argentina; su ingenio agudísimo; su modestia, su reserva y compostura, hacían que al afecto que se conquistaba, se uniese un profundo respeto, inspirado por las nobles prendas que brillaban en toda su persona.

D. Alfonso era un niño que se parecía a su pa-

dre D. Juan; ambos hermanos vestían sencillamente: Doña Isabel llevaba brial de lana blanco, toca de lino y manto carmesí prendido en ambos hombros.

Su hermano vestía un traje oscuro.

Hallábase el rey en su cámara, cuando los dos niños penetraron en ella. Doña Isabel llevaba de la mano a D. Alfonso, y ambos andaban con paso grave y aspecto sereno.

Muchos nobles rodeaban al rey, que esperaba a los infantes con una impaciencia que se traslucía en su semblante.

A la vista de la infanta, un contenido murmullo de afecto y de admiración se dejó oír en los dos grupos que se hallaban formados a ambos lados del sillón ocupado por el rey.

Este dirigió a su derecha y a su izquierda una mirada severa con ceño torvo, y todas las bocas se sellaron con el candado del temor.

—Seáis bien llegada, Doña Isabel; bien venido, D. Alfonso—dijo D. Enrique IV a sus hermanos—; ya no os esperábamos hoy por estar tan avanzado el día; por eso la reina, que no disfruta de muy buena salud, se ha retirado ya a su cámara; pero ahora se la llamará para que os dé, como yo, la bienvenida.

—Nosotros mismos iremos a ofrecer nuestros respetos a S. A., señor—contestó Isabel, con la modesta compostura y dulce gravedad que le eran tan naturales—; y ahora sabed que, si hemos tar-

dato, ha sido porque la despedida de mi buena madre fué muy larga y muy dolorosa.

Calló la infanta, dominando con esfuerzo la emoción que iba embargando su ánimo, y que ella no quería dar a conocer en su voz: en cuanto a D. Alfonso, tan niño aún, echó á llorar con amargura.

Enrique IV, que detestaba al niño que podía usurparle el trono, hizo como que no veía sus lágrimas; pero Isabel, que no había dejado de tener en la suya la mano del infante, se inclinó hacia él, le besó en la frente, y le dijo en voz queda algunas palabras, que contuvieron el llanto de su hermano.

—¿Y... ha quedado con buena salud vuestra madre, Doña Isabel?—preguntó el rey.

—Con tan buena, señor, como permite el estado débil de su cabeza.

—Ya sé—dijo Enrique con tono incisivo—que la pobre señora padece de una enagenación mental.

—¡No hay tal cosa!—respondió con fuego Isabel—. ¡El que haya dicho eso a V. A. ha mentido!

Y la infanta, de cuyos ojos había brotado aquella sombría llamarada azul parecida al rayo, que todo lo destruye, paseó una mirada por los grupos de los cortesanos, que inclinaron ante ella sus soberbias frentes.

—¡Mi madre loca!—repitió Isabel—. Quiera el cielo, señor, conservar siempre vuestra razón tan segura y firme como lo está la suya, y ojalá ten-

gáis consejos tan sanos como los que mi madre me da; pero, señores, dadme un sitial, y otro para mi hermano—prosiguió la altiva niña—; hasta ahora no había reparado que estábamos en pie.

Los cortesanos, que temblaban ante el rey, y que consideraban la demanda de asiento de Doña Isabel ofensiva al respeto, permanecieron inmóviles; la infanta volvió a pasear sobre ellos su mirada preñada de enojos, y tras de algunos instantes de silencio, dijo con voz retumbante y clara como el sonido de una campana que da la señal de ataque.

—Soy la hija de D. Juan II, y tengo el derecho de sentarme, como mi hermano; asientos, señores, o ahora mismo salgo de palacio.

Uno de los Grandes salió del grupo de la izquierda sin esperar la orden del rey; la princesa fijó en él una mirada absorta a pesar del enojo que la dominaba; tal era la belleza de aquel hombre.

Este acercó un sitial; buscó después otro, y no hallándolo, acercó también un escaño.

La infanta sentó a D. Alfonso en el sitial, y ella ocupó el escaño a los pies de su hermano.

—¿Cómo os llamáis, caballero?—preguntó Doña Isabel al que había aproximado los asientos.

—D. Beltrán de la Cueva, señora—respondió con respeto la persona a quien se había dirigido la pregunta.

La infanta palideció; sabía todo lo que pasaba en la corte, y tenía a aquel hombre por uno de los

mayores enemigos de su madre, de su hermano y suyos.

—¿Con que os atreveríais a salir de palacio sin permiso mío?—dijo Enrique IV a su hermana, a la que afectaba tratar con la benevolencia con que se trata a una niña.

—Sí, señor—respondió Doña Isabel—; no debo, ni puedo estar donde no se me tienen las atenciones que me corresponden.

—¿Y adónde os iríais?

—Tomaría a mi hermano de la mano y me volvería al lado de mi madre.

—¿Y cómo? Yo no os daría carruaje ni caballos.

—¡Me iría a pie!—respondió Doña Isabel con la misma serenidad con que hubiera podido decir la cosa más sencilla.

—¡A pie!

—Eso sería más digno que sufrir aquí insultos y ultrajes.

Un ruido de pasos, acompañado del que produce el crujido de la seda, que se oyó a la puerta de la cámara, llamó la atención general; levantóse el tapiz y apareció la reina Doña Juana.

—¡Ah, mi querida Isabel, cuánto deseaba veros!—exclamó Doña Juana abrazando a la infanta—. Venid, venid conmigo; D. Alfonso se quedará con estos señores.

La reina y la infanta se dirigieron a la puerta; pero el niño Alfonso corrió a asirse de la mano de su hermana.

—Yo quiero ir con vos—dijo—, y no os dejaré.

—¡Sea en buen hora!—dijo la reina—. Acompañadnos, galán caballero.

Y dando D. Alfonso la otra mano a Doña Juana, salieron los tres de la estancia.

El rey permaneció pensativo algunos momentos, al cabo de los cuales despidió a sus cortesanos con un ademán brusco, se envolvió en una capa y salió por una puerta secreta, dirigiéndose a casa de Doña Guiomar.

XI

Los infantes hallaron en la cámara de la reina Doña Juana una espléndida cena, servida ya, y sus habitaciones preparadas para tomar enseguida el necesario reposo.

Don Alfonso se acostó al instante, asistido por los gentiles hombres y camareros que se habían destinado para su servidumbre, y el sueño apacible de la infancia llegó a suspender su tristeza.

Doña Isabel, retirada a su cámara y desnuda ya por sus damas, se puso otro traje más cómodo y se arrodilló en su reclinatorio para hacer las oraciones de la noche, con el fervor que era en ella una costumbre y una necesidad.

Acababa apenas, cuando oyó un golpecito discreto dado a la puerta de la cámara; la infanta se estremeció de pavor; tenía miedo, porque su gran instinto le decía que el rey Enrique era su enemigo y el de su hermano el inocente D. Alfonso.

—¿Quién llama? preguntó procurando serenar la voz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

N.º 1625 MONTERREY, MEXICO

—Soy yo, contestó otra femenina y muy dulce; ¡yo!... ¡la reina!

Doña Isabel describió el cerrojo y entró Doña Juana en la estancia, vestida también de una bata de noche.

—Hermana mía, dijo la reina abrazando cariñosamente a Doña Isabel, ¡os he asustado! ¡Vengo a incomodaros, a privaros del reposo que tanto necesitáis después de vuestro viaje... perdón!

—¿Qué tenéis, señora? exclamó Isabel: ¡estáis tan pálida, tan agitada!.. ¿Os atormenta algún pesar?

—¡Oh, sí! repuso la reina; ¡me atormentan, no un pesar, sino muchos! ¡Soy tan desgraciada!

—Si esos pesares son de tal naturaleza que yo pueda oírlos, confiádmelos, dijo la infanta: si no, prosiguió con una dignidad exquisita, y a la par que se cubría su rostro de un virginal rubor, si no callados, y, a lo menos, estad segura de que os compadezco.

—Isabel, dijo Doña Juana, ya no me considero tan desgraciada como era; desde hoy lo seré menos, porque en vos veo un ángel que todo lo purifica y que cobija con sus alas este palacio, este palacio envuelto en tan negras sombras. ¡Ah, si supiérais; pero no, no! ¡Qué iba yo a deciros! ¡Yo que respeto tanto vuestro pudor, yo no puedo manchar vuestros oídos, yo no puedo desgarrar el velo de pureza que cubre vuestro entendimiento! ¡Sólo me es lícito deciros que soy muy infeliz!

Los sollozos apagaron la voz de la reina; la infanta sintió, al ver aquella amarga pena, que dos lágrimas saltaron también de sus ojos; tomó afectuosamente la mano de la reina, y le dijo con suave y penetrante dulzura:

—Bien he leído en vuestro rostro que érais desgraciada; pero decidme, ¿habéis cumplido siempre con vuestro deber?

—¡No! respondió Doña Juana bajando la cabeza, abrumada de rubor, ante la cándida pregunta de la niña.

—Entonces sois, en efecto, muy digna de lástima, dijo Doña Isabel; pero aún podéis volver a ser buena y seréis dichosa; este es el problema de la vida; y ya sabéis que hay en el cielo más alegría cuando se arrepiente un pecador, que cuando entran allí cien justos.

—Hablemos de vos, dijo la reina; de vos, mi querida niña; yo soy una sombra que vaga errante en el mundo del dolor, pero vos, que llegáis ahora a las puertas de la vida, tenéis derecho a ser feliz; se os prepara la desgracia, y vengo a avisároslo para que no la aceptéis, aunque se os ofrezca en dorada copa.

—¿Quién puede querer mi desventura? preguntó Isabel con sublime inocencia.

—¿Quién? Vuestro hermano.

—¡Señora! ¡Ved que es también vuestro esposo, exclamó Isabel, y que le debéis respeto!

—¡Para que podáis respetar al vuestro, amadle!

repuso la reina con amargura; y para amarle, elegidle vos, y no permitáis que os le elijan.

—Así lo haré, dijo la infanta con una firmeza que sorprendió a la reina; después de un instante de silencio, añadió ésta:

—¡He venido a deciros que os han llamado a la corte para casaros!

—¿A mí? ¡Si acabo de cumplir doce años! exclamó Isabel.

—¿Y eso qué importa? A los reyes y a los príncipes se nos casa en la cuna; no terminará el día de mañana, sin que os digan que estáis prometida al príncipe de Viana.

—Nunca he visto a ese príncipe, dijo Isabel; pero no me casaré con él, ni con otro alguno, hasta tomar parecer y consejo de mi madre y de los grandes del reino que fueron adictos a mi padre: estad segura de esto, señora.

—¿Acaso vuestra madre ha pensado ya en un esposo para vos?

—Tal vez, sí, señora.

—¿Y no sabéis quien es?

—No.

—Sois prudente, dijo la reina sonriendo con tristeza.

—Más que vos, respondió Isabel: ¿pensáis que voy a vender el secreto de mi madre? ¡El mío... acaso pudiera hacerlo; el suyo, jamás!

—Pues bien, querida mía—dijo la reina—guardad la reserva que os plazca acerca de lo que no

me queráis decir; yo nada os pregunto; nada deseo saber, porque mis penas me tienen muy alejado de todos los asuntos políticos; si algo os he preguntado, es porque vuestra dicha me interesa, es porque sois una niña digna y noble, que no merece ser víctima de las conveniencias de los partidos, ni hallarse expuesta a sus asechanzas; únicamente quiero daros un consejo, un aviso fraternal: sea quienquiera la persona que os busque esposo u os le proponga, no aceptéis por marido a quien no améis.

Isabel hizo un signo de asentimiento.

—¡No sabéis—prosiguió Doña Juana—no podéis saber lo que es casarse con un hombre sin estar unida a él de antemano con el dulce lazo del amor! Eso es la perdición segura de una mujer. Eso es lo que más tarde o más temprano le abre el camino de su desgracia, y quizá el de su eterna condenación.

—Señora—repuso Isabel con una dulce serenidad—yo me casaré ante todo con un príncipe que convenga al reino; y este príncipe ha de ser, a la par, un hombre a quien yo estime; sus buenas acciones le conquistarán mi amor; pero desde luego os aseguro que, por despreciable que fuese mi esposo, yo no faltaría jamás a lo que me debo a mí misma y al regio nombre que llevo.

—¿Y si el esposo que creísteis bueno al principio, fuese con el tiempo, indigno de vos?—preguntó con voz apagada la reina:—¿y si otra pasión?...

—No comprendo las pasiones culpables—repuso la infanta—ni las pasiones involuntarias, ni las

pasiones *fatales*, que todo lo excusan: no, señora, a falta de la dicha completa, no perderé también la de tener tranquila la conciencia; esa dicha depende de mí, y nadie puede quitármela; yo no dejaré jamás de cumplir mis deberes, por más que mi esposo desconozca alguna vez los suyos.

—Veo—dijo la reina—que vuestro corazón es de un temple tal, que podéis hacer de él lo que se os antoje: ¡dichosa vos, Isabel!

—¡Acaso queréis decirme con eso, señora, que mi corazón es pequeño!—observó la infanta—¡ah! no lo creáis; para las grandes y nobles empresas, yo dejaré ver el temple de mi alma; para lo que se necesite valor verdadero, yo lo desplegaré; pero no lo tengo, ni lo tendré, para luchar contra mi conciencia, contra Dios, y contra el honor de mi régia estirpe.

—¿Luego es decir que me culpáis?—exclamó la reina dolorosamente:— ¡ah, Isabel! si supiérais...

—Nada me digáis—interrumpió la infanta haciendo un movimiento de suprema y exquisita dignidad:—y creedme, señora; si os habéis apartado del buen camino, volved a él; no busquéis en los extravíos de mi hermano aliento y fuerzas para llevar adelante los vuestros, y empezad por respetaros a vos misma, si no queréis perder el derecho de ser respetada por los demás.

—¡Es tarde!—murmuró Doña Juana levantándose con un ímpetu que casi rayaba en la desesperación;— ¡es tarde ya!

—¡Nunca lo es para practicar el bien!—observó la infanta—; nunca lo es para el arrepentimiento. Dios oye siempre los ruegos del buen cristiano que vuelve a él, como al redil la oveja descarriada.

—¿Quién os ha enseñado a discurrir de esa manera en tan tierna edad?—preguntó la reina apoyando sus dos hermosas manos en los hombros de la infanta.

—Mi propio juicio, señora; mi madre, y el dignísimo obispo de Cuenca, D. Lope Barrientos; la soledad ha madurado mi razón, y me ha hecho mujer antes de la edad en que llegan a serlo las que viven consagradas exclusivamente al bullicio y a los placeres.

—¡Ah! sí, sí, es cierto; y yo hallo en vos una cosa tan bella y tan sobrenatural, que me inclina a amaros con una ternura profunda—dijo la reina—; en tanto que permanezcáis en palacio, ya os lo he dicho, se me figura que estamos guardados por un ángel tutelar: ¡adiós, hermana mía, rogad a Dios por mí, que bien lo necesito!

La reina besó a la infanta en la frente, y se alejó con lentitud.

Doña Isabel escuchó pensativa durante algún tiempo el acompasado ruido de sus pasos, cada vez más lejanos, y luego exclamó:

—¡Pobre mujer! ¡Ah! ¡Mi madre tiene razón! La felicidad sólo se alcanza cuando se camina rectamente por el valle de la vida